



**UN AMOR
INCONDICIONAL**

**JUAN DANIEL
VILLANUEVA GUZMÁN**

GANADOR DEL 1ER LUGAR ESCUELA Y 1ER LUGAR ZONA



Hola, permítame presentarme, mi nombre es Lucho, soy un perro de la raza Husky, te voy a platicar la historia de mi vida: yo nací de una hermosa camada de seis cachorros, era el más pequeño, flaco y débil, todos pensaban que no iba a sobrevivir, pero no fue así, al pasar los días fui creciendo sano y fuerte como todos mis hermanitos.

A los tres meses de haber nacido empezaron a vender a mis hermanos, uno a uno se los llevaron diferentes personas. El 24 de diciembre la casa olía muy bien, diferentes aromas llegaban a mi nariz y se me antojaba todo lo que cocinaban, que gran banquete me iba a dar, me imaginé que iba a comer hasta reventar.

Ese día, muchas personas llegaron a la casa, algunos me saludaban y me acariciaban, otros no querían que me les acercara, pero todos decían que era un perro muy bonito, una pareja, de inmediato, me tomó en los brazos y dijeron que yo era el ideal para los niños, me bajaron al suelo y me dijeron que me despidiera de mi mamá y me llevaron en donde se encontraba; mi mamá me dijo que no me preocupara, que todo iba a estar bien, esas personas serán tu nueva familia, tus hermanos también ya se fueron a nuevos hogares, ahora es tu turno de hacer feliz a esas personas, las tienes que amar, cuidar y proteger, pase lo que pase, porque ese es el deber de los perros. Me acurruqué con ella por última vez, tenía mucho miedo y no me quería alejar de mamá, pero ella me alentó a ser valiente y cumplir con mi deber.

La pareja me tomó en sus brazos y me abrazaron, mi humano responsable les dijo que yo tenía todas mis vacunas y estaba desparasitado, sí recuerdo esa visita con ese extraño señor que me inyectó y me hizo tragar una pastilla, ¡ah cómo me dolió el piquete en mi patita!, pero en fin mi mami me dijo que era por mi bien; así pues, luego les dio un librito que era mi cartilla, llegó el momento de irme, quería llorar, pero debía ser valiente, se me salió un pequeño chillido y miré por última vez a mi mamita.

Me subieron a un auto y nos pusimos en marcha, yo no dejaba de escuchar lo contento que se iban a poner los niños, planearon meterme en una caja como regalo de navidad, me emocioné bastante porque ya me esperaban con los brazos abiertos y anhelaban tener un perro. Llegando a la casa me metieron a un cuarto frío y oscuro, me dio mucho miedo y no dejaba de llorar y temblar, extrañaba el calor de mi hogar, extrañaba a mi mami. Ese día fue muy aterrador, gran parte de la noche se escuchaban varias explosiones, me lastimaban mis oídos, traté de salir de ahí pero no pude, me escondí en una caja y me quedé hecho bolita, el cansancio me venció y me quedé dormido, cuando ya estaba amaneciendo fueron por mí, me emocioné al volver a ver al humano, creí que me habían olvidado, estaba tan contento que brincaba por todos lados, me tomó en sus brazos y colocó un gran moño rojo en mi cuello y me dijo que era el momento de conocer a mis nuevos hermanitos, yo no dejaba de moverme y batalló para meterme en la caja, y de nueva cuenta volví a estar encerrado en un lugar oscuro, yo sentía como iba caminando paso a paso hasta que escuché –¡éste es el último y el mejor regalo de todos, ábralo!

Escuché cómo se peleaban para desenvolver el papel y decían: –¿qué será? ¿qué será?– contaron tres, dos, uno y salí de la caja, sus caras de sorpresa fueron indescriptibles, no cabían de la emoción, gritaban: –¡un perrito, un perrito!– me emocioné tanto por el recibimiento que me dieron, mi hermanita de 5 años y mi hermanito de 7 años me llamaron Rocko –ya les había dicho que me llamaba Lucho, pero eso les platicaré más adelante–.

Todo el día me la pasé súper, probé comidas de humanos deliciosas, jugué todo el día con los niños, el susto de la noche ya había pasado me sentía seguro y amado por mi hermosa y nueva familia. Esto se repitió todo un mes, yo era el centro de atención y me dejaban dormir en la cama con los niños, me hacía pipí y popó por donde yo quisiera y no me decían nada, solo iban y limpiaban, no era como en la casa de mi mamá que nos sacaban al patio frío para hacer del baño.

Pasaron otros meses más, ya había crecido bastante, todo me llamaba la atención y me gustaba morder de todo, me encantaba que no dejaban de decir mi nombre: ¡Rocko, no muerdas los cables! ¡Rocko, deja mis zapatos! ¡Rocko, no se hace pipí adentro!, ¡en los sillones no, Rocko!

Cierto día estaba jugando con un peluche de mi hermanita cuando ella llegó y me lo quiso quitar, empecé a querer jugar con ella y sin querer mordí su brazo, mi hermanita lloró como nunca, y mis padres humanos de inmediato fueron a ver lo sucedido me gritaron ¡perro malo! yo trataba de explicar que había sido un accidente, que no lo había hecho a propósito, pero ellos sólo me gritaban y del miedo metí mi cola entre las patas y me hice pipí. Pasó un rato de lo ocurrido y nadie me hablaba, nadie me acariciaba, me corrían si me les acercaba y me seguían diciendo ¡perro malo!

Me sentí muy mal por lo ocurrido y fui a tratar de ir a encontrarme a mi hermanita y darle besitos para que me disculpara, pero en cuanto me le acerqué volvió a llorar, y otra vez me regañaron y me gritaron ¡perro malo!

Mi papá humano llegó con una cadena la cual me colocó en el cuello y creí que me iban a llevar a un paseo, que ya me habían perdonado pero no fue así, me amarraron al frente de la casa debajo de un árbol que casi no daba sombra y para el colmo la cadena no estaba muy larga y no me podía mover para que el sol no me pegara directo, así pasaron los días, a duras penas me daban agua y comida, pasaba días sin poder moverme porque la cadena se enredaba en el árbol, no sabía hasta cuándo me iban a levantar el castigo, cuando me iban a querer de nuevo, ya había cambiado mucho, estaba flaco y desnutrido, mi pelo estaba feo y enredado, olía muy mal, la cadena en mi cuello me lastimaba y me dolía mucho.

Cierto día pasó una joven que al verme se enojó bastante y me dijo –¡mira cómo te tienen estas personas ingratas, hermoso perrito!– yo le moví la cola de alegría pues ella se metió a desenredarme del árbol para que me pudiera mover, me acercó agua e inmediatamente me puse a tomar porque tenía días sin ella, después de un rato la joven volvió acompañada de otras personas que resultaron ser policías, los cuales le dijeron a mi familia que no podían tenerme en esa situación, que había leyes que me protegían y que serían multados y los podían meter a la cárcel si me seguían teniendo en esas condiciones. Al día siguiente, mi papá llegó con una casa de perro y la subió junto conmigo al techo de la casa, ya me podía mover libremente, me tenían agua y comida a diario, pero esto duró muy poco tiempo, porque de nuevo olvidaban ponerme comida y agua.



Pasaron dos años desde que me subieron a la azotea, ya no me visitaban, no jugaron conmigo nunca más, y de nueva cuenta recibieron la visita de esa joven la cual tocó la puerta muy molesta y les reclamó a mi familia por cómo de nueva cuenta me tenían, se retiró y dijo que vendría con la policía, en ese mismo instante me bajaron del techo me subieron al auto, y pensé –¡qué bien! ya me perdonaron, vamos de paseo– pero faltaban los demás miembros de la familia, solo íbamos mi papá humano y yo, a lo mejor allá nos iban a estar esperando, estaba muy agotado y tenía mucha hambre, después de viajar un buen rato me quedé dormido, desperté cuando sentí que el auto se detenía estaba muy contento y movía la cola de la emoción ¡ya llegamos! ¡ya llegamos! pero al bajarme no había nadie, era un lugar muy solitario, sólo estaba la carretera, mi papá me puso la correa y me bajó del auto, pensé que el paseo solo sería entre él y yo y estaba bien, pero me amarró de un poste y regresó a su auto, tristemente vi cómo se alejaba rápidamente y yo le gritaba bueno le ladraba ¡no me dejes aquí! ¡no me dejes! ¡me portaré bien por favor, no me abandones! ¡te lo suplico! pero entre más gritaba más miraba las luces del carro alejarse, yo trataba de soltarme a toda costa de la correa pues era un miedo indescriptible que me invadía en ese momento ¡no me dejes por favor! ¡no me dejes papá! pero las luces del auto muy apenas se alcanzaban a ver, cuando logré liberarme de la correa, corrí con las pocas fuerzas que tenía, traté de alcanzarlo y suplicarle que no me abandonara, pero fue en vano y no lo logré.

Cansado, con hambre y triste me quedé dormido debajo de un puente, de pronto escuché la voz más maravillosa del mundo, una voz que en ese momento me envolvió y me hizo sentir vivo de nuevo, me decía: –¡hola peludo! ¿cómo te llamas? ¿qué haces aquí en mi casa? bueno es por mientras mi casa este puente, yo me llamo Manuel, bueno de cariño me dicen Manuelito–, y tú: –¿cómo te llamas?– abrí los ojos y era un ancianito de rostro angelical, estaba muy sucio de su rostro tenía meses que no se bañaba pero para mí fue lo más hermoso que había mirado, fue amor perruno a primera vista, me levanté lo lamí, le moví la cola y él me dijo –¡ya está! desde ahora eres mi compañero de vida, te llamaras Lucho, porque en esta vida hay que luchar para sobrevivir.

Me compartió del poco alimento que tenía y me dio de tomar agua, dijo que me llevaría con un veterinario para que me revisara con el poco dinero que tenía. Manuelito y yo éramos inseparables, lo esperaba a un lado de los cruceros en los que pedía dinero a los autos.

Un día me platicó que a él al igual que a mí nos habían abandonado nuestras familias, a él sus hijos lo dejaron en un asilo de ancianos y ahí lo dejaron olvidado, dejaron de pagar la cuenta del asilo y lo corrieron y desde ese día deambula en las calles en busca de alimento y de un techo donde dormir, pero desde que nos conocimos no nos hemos separado ni él ni yo, estamos solos uno al lado del otro como debe de ser, juntos en las buenas y en las malas, así duramos cinco años de gran felicidad.

Al pasar el tiempo, había días que veía a Manuelito ya muy cansado, tosía mucho, casi no se movía, permanecimos debajo del puente sin salir a buscar alimento, esos días se volvieron un poco raros, todos los humanos llevaban un trapo en la cara, eran de todos colores y formas se miraban extraños, pero a mí no me importaban los demás a mí me importaba Manuelito el cual ya no se movía y muy apenas respiraba, estaba preocupado y empecé a ladrar con todas mis fuerzas para pedir ayuda, unas personas que pasaban me escucharon y fueron a ver que era lo que me sucedía, cuando llegaron los llevé con Manuelito y de inmediato intentaron ayudarlo, uno de ellos se fue corriendo y dijo que iba por ayuda, cuando regresó volvió con unos hombres de blanco, usaban un traje con guantes y un casco extraño, parecían extraterrestres, venían a bordo de un gran camión blanco con una cruz roja, el señor le dijo a Manuelito que ya había llegado la ayuda, había llegado una ambulancia por él, lo subieron de inmediato y se fueron muy rápido.

Salí corriendo con todas mis fuerzas tras la ambulancia, pues el miedo del abandono me volvió a invadir, después de recorrer algunas pocas calles llegaron a un gran edificio blanco, el cual era un hospital, llegué jadeando y buscando dónde se encontraba Manuelito pero había muchos camiones blancos, todos iguales, no sabía en cuál estaba él, había mucha gente tosiendo, haciendo filas para ser atendido, empecé a olfatear y logré encontrar a mi amigo del alma, apenas lo iban a ingresar, me acerqué y le lamí su mano que le colgaba de la camilla, como pudo volteó a verme y me dijo: –Lucho noble amigo mío ¡te amo! mi gran amigo del alma cuídate mucho, a donde voy por lo pronto no te puedo llevar– yo no entendía qué pasaba porque se estaba despidiendo de mí, escuché decirle a los hombres de blanco que me encargaba con ellos, que me llamaba Lucho y que era un extraordinario perro, que me llevaran a un refugio para que no me quedara solo en la calle.

Cierto día estaba recostado en el suelo cuando unos hombres se acercaron a mi con un tubo grande y una soga en la punta, me la pasaron por el cuello, en ese momento empecé a forcejear para soltarme, pero era en vano no podía, yo les ladraba, gritaba: –¡suéltenme! ¿a dónde me llevan? ¡tengo que esperar a Manuelito!– pero no les importó me metieron a una jaula dentro de una camioneta, seguía ladrando, quería que me bajaran, no podía irme sin Manuelito y si él salía del hospital no me iba a encontrar y otra vez estaría solo, pero no me hicieron caso, al contrario me llevaron a un lugar con muchos perros enfermos y desnutridos igual cómo me encontraba en ese momento, pasaron los días y poco a poco iba mirando como en la jaula había menos perros, de pronto se acercaron unos señores con el mismo tubo y me lo volvieron a poner en el cuello, pensé que por fortuna Manuelito ya había venido por mí, ¡qué feliz estoy! y moví mi cola con gran emoción, pero no fue así, me condujeron a un cuarto apartado y me subieron con cuidado a una plancha de fierro helada, un señor con una bata y tapado de la boca me tomó de una de las patas delanteras, me saludó con cariño y me dijo que no me preocupara que me iba a poner una medicina que me ayudaría a no sufrir más que todo iba a estar bien, que a él no le gustaba hacer esto pero hay muchas personas irresponsables que no entienden que los animales no son juguetes desechables, son seres vivos con sentimientos que se vuelven parte de una familia, hay tantos perritos en la calle esperando una familia y muchos de ellos mueren sin encontrarla, tener un perro es saber y entender que es una vida a la que hay que cuidar y amar por un largo tiempo, nos dan un amor incondicional y a veces las personas no se lo merecen por como los tratan.

Volvió a sujetar mi pata y en sus manos tenía una jeringa con un líquido extraño de color azul, el cual me introdujo en las venas y me dijo: –descansa ya, todo va a estar bien– y poco a poco mis párpados se volvían más pesados, mi cabeza se me fue para un lado, mi cuerpo no me respondía y cerré mis ojos.

Y de pronto volví a escuchar de nueva cuenta esa voz de ángel, esa voz que me habló debajo del puente: –¡hola peludo, Lucho mi buen amigo!– yo salté de la emoción era Manuelito, estaba con Manuelito otra vez, ya no me dolía nada no sentía frío, hambre, sed y ni estaba flaco, me sentía muy bien, no sabía dónde estaba en ese momento pero qué más da, estaba al lado de mi gran amigo humano que me dio su amor incondicional al fin me reencontré con Manuelito, él me explicó que estamos en el cielo y que aquí jamás nos vamos a separar. Bueno me despido, ésta fue la historia de mi vida, tuve algunos momentos tristes, pero al final también otros llenos de alegría y amor, adiós amigos me voy porque Manuelito ya me está esperando para dar nuestro paseo.

